

## LIQUIDACION DEL ACTUAL CICLO HISTORICO EN HISPANOAMERICA

En todas las esquinas de la América de habla española, con pintura chorreante, desde Méjico y el Caribe a la República Argentina, hay escrita una leyenda: «¡Castro, sí! ¡Yanquis, no!» Ese grito ha saltado de golpe las inmensas barreras geográficas, ambientales y temperamentales y empujado en una incierta pero común dirección al Continente. El grito, incidental, es la señal externa de una conmoción interior. Debajo hay mucha carga explosiva, numerosos problemas candentes, aspiraciones reprimidas, estructuras inestables y formas socioeconómicas ruinosas, veladas por la capa de una naturaleza pródiga y la apariencia de un orden establecido válido.

La crisis es en profundidad, de raíces añejas, y se extiende como una mancha de aceite inundándolo todo. Es un fermento renovador o revolucionario, según la perspectiva de contemplación, de incalculables consecuencias para el propio sujeto hispanoamericano y para el mundo occidental entero. Amanece, es lo único cierto, una época nueva y se va irremisiblemente el período histórico iniciado hace ciento cincuenta años, precisamente cuando suenan en el ambiente las solemnes conmemoraciones oficiales del Sesquicentenario de la Independencia. Todavía se mantendrá algún tiempo, es difícil precisar su duración, dependiente de un equilibrio rutinario y del peso de los intereses arraigados; pero lleva los cimientos definitivamente carcomidos y agotado su capital de futuro. Fragmentación en soberanías nacionales, mentalidad liberal, pretensión y apariencia de vida política democrática, concentración del poder en manos de minorías cerradas y marginación de la vida pública e ínfimo nivel de vida de las mayorías, abismo infranqueable entre ambas zonas, son sólo algunos rasgos constitutivos del período en liquidación.

Las tensiones internas se han agudizado en los últimos años de la segunda postguerra mundial y han encontrado ocasión propicia para manifestarse con la nueva coyuntura internacional. Un nuevo factor externo ha irrumpido o al menos ha repercutido con un modo especial de incidencia. Hasta ahora los países hispanoamericanos al enfrentarse con sus problemas tenían que contar,

aparte de con ellos mismos, con la colosal gravitación de los Estados Unidos de Norteamérica y el mediato reflejo de Europa. Hoy se ha introducido un nuevo dato de doble alcance: Rusia, potencia nacional, expansivamente imperialista, contrapeso y adversario de la fuerza unilateral yanqui en el Continente y Rusia, o mejor dicho, bloque soviético, promotor de una revolución clasista y marxista, pretendidamente aplicable a la problemática interna de las sociedades hispanoamericanistas. Sólo teniendo en cuenta la estrecha conjunción de ambos elementos es posible seguir con entendimiento el desarrollo de los acontecimientos en Iberoamérica.

*El Nacional* de Caracas, con motivo de la invocación del ex presidente Eisenhower de la doctrina Monroe, sugeridora para cualquier hispanoamericano de todo un mundo de agravios, en contestación a la pública intervención de Kruschev en julio de 1960 a favor de la revolución cubana, precisaba nítidamente aquel primero y fundamental ingrediente: «Los pueblos semicoloniales han necesitado siempre para lograr su emancipación aprovecharse de las rivalidades entre las grandes potencias. La U. R. S. S. ocupa para nosotros hoy el papel que Inglaterra tuvo cuando Simón Bolívar cortó el cordón umbilical que nos ligaba a España. No seremos dignos si no tomamos ventaja de esa realidad.» El pensamiento de aprovechar la fuerza de una potencia lejana para contrarrestar y liberarse de la excesiva presión del vecino del Norte es compartido sin recelos por grandes mayorías hispanoamericanas. No puede extrañar. Para ellas el riesgo del comunismo político, por la situación de aislamiento en que sus sociedades han discurrido durante las últimas décadas es un mundo misterioso y lejano cuyo peligro hasta ahora no han tenido ocasión de tocar. Por un cúmulo de circunstancias, además, los partidos comunistas en sus países no han tenido una virtualidad efectiva en la política de los últimos años, ni supusieron hasta el presente inmediato una amenaza real capaz de transformar el orden existente.

En cambio, en el corto camino de su vida independiente han sufrido en carne viva el despojo territorial, numerosas intervenciones militares, la masiva penetración económica y toda suerte de presiones políticas, culturales e incluso religiosas, de su vecino del Norte. Es una realidad histórica, con gravitación presente, que los Estados Unidos de Norteamérica salieron de su estadio puramente nacional y se convirtieron en potencia de primer orden, a lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del XX, en buena medida a costa de los países del Sur, aprovechando y fomentando su debilidad y disgregación. La política del «Destino manifiesto», del *Big Stick*, el «Imperialismo del Dólar», hasta desembocar en el *slogan* de la buena vecindad de Franklin Delano Roosevelt, son jalones del proceso. En la guerra de 1848 Norteamérica anexionó militarmente casi la mitad del territorio nacional mejicano. En la gue-

ra con España de 1898, bajo el pretexto de ayudar a los patriotas sublevados contra la metrópoli, incorporó definitivamente la isla de Puerto Rico y ocupó militar y económicamente la de Cuba. Análogas intervenciones militares para afianzar sus intereses comerciales y estratégicos sufrieron las repúblicas del Caribe y Centroamérica. La estrecha lengua de tierra que une las dos Américas se atomizó en cinco países llamados soberanos y más tarde, Panamá se desgajó de la República de Colombia por la presencia de los marines norteamericanos, que dejaron sentadas firmes las bases del dominio futuro del canal.

A ello se han unido las interferencias de las grandes empresas norteamericanas en los asuntos internos de los gobiernos relacionados con sus intereses, el fomento de los monoproducidos nacionales con los precios previamente fijados, la participación y financiación de revoluciones y contrarrevoluciones, la corrupción y manejo de los políticos centro y sudamericanos y la fijación de la política exterior en propio beneficio, llegando a imponer incluso rompimiento de relaciones diplomáticas y declaraciones de guerra en conflictos sin ninguna relación con los países iberoamericanos, como ocurrió en la pasada guerra contra el Eje. Existe junto a ello una persistente y benéfica influencia del vecino del Norte materializada en inversiones que han potenciado sus recursos naturales, no reconocida por muchos beneficiarios presos del sentimiento de antipatía que el poderoso instintivamente despierta. Viejos y frescos agravios, difíciles de entender desde Europa, inexplicablemente olvidados en Norteamérica durante años, pero realidad palpitante al otro lado del mar. Norteamérica tiene que rectificar su política y hacer un esfuerzo, lo está intentando, por encima de sus más arraigados criterios para entender la intimidad cálida y emocional de Hispanoamérica. Los pueblos de habla española necesitan superar su talante negativo y receloso basado en hechos que pertenecen al pasado. La superación ha de venir desde los dos lados, pues mutuamente se necesitan, y si no se consigue, se consumará la ruina de ambos. El antagonismo antiyanqui a ultranza sólo favorece la expansión soviética, y los Estados Unidos de Norteamérica, se quiera o no, constituyen actualmente la máxima reserva material del Occidente.

Hay, pues, una instintiva toma de posición no neutral del nacionalismo iberoamericano en el duelo de las dos superpotencias mundiales, Norteamérica y Rusia. Ahora bien, esta explicable inclinación de alcance puramente geopolítico, arraigada en motivaciones históricas y expresada en continuas reacciones emocionales, al incidir en el inseparable ingrediente revolucionario de la U. R. S. S. abre las puertas a la penetración interior marxista con peligro de ahogar en ella sus peculiares aspiraciones. El sentimiento de exaltación y orgullo nacional es en aquellos países muy vivo porque las nacionalidades son todavía jóvenes y porque existe una clara conciencia de que su indepen-

dencia política de España supuso la subordinación económica a otros países, lo cual indirectamente afecta a su misma soberanía y modo de ser. Por eso el moderno nacionalismo en Iberoamérica tuvo inicialmente en este siglo una marcada filiación hispánica e intentó afirmarse en sus propias raíces históricas. Por eso también hoy en día la amenaza marxista se agudiza con la desaparición del escenario político de los movimientos nacionalistas de carácter hispánico y de contenido ideológico antimarxista.

Tales núcleos tuvieron un positivo peso en la vida política iberoamericana entre los años 30 y 40. Lograron enrolar valiosos sectores de juventudes insatisfechas con el *status* liberal y con la situación de ciega subordinación de sus países a la política exterior y económica de los Estados Unidos. A pesar del magnetismo de las potencias del Eje, Italia y Alemania, en aquellos años, no fueron simples imitadores de los movimientos fascistas europeos; tuvieron un inequívoco sentido espiritual, un firme enraizamiento en el pasado español y mantuvieron una individualidad irreductible a cualquier esquema, nacida de su fuerza poderosa y de la originalidad misma de sus países. Impresionado por el desarrollo de aquellos movimientos nacionalistas y aprovechando la última contienda mundial, el Gobierno norteamericano desplegó una de sus más formidables operaciones continentales de presión, hasta conseguir su desarticulación completa. Para obtener su objetivo puso en juego toda clase de recursos, sin omitir el empleo de la coacción diplomática, la persecución política, el desprestigio personal, y la misma asfixia de las economías privadas de sus líderes políticos, estigmatizados en largas listas negras confeccionadas con esmero por los servicios secretos norteamericanos (1). Al fin de la guerra el nacionalismo iberoamericano católico y prooccidental estaba triturado por la acción victoriosa del Gobierno de los Estados Unidos, aliado de la U. R. S. S. y estigmatizado como totalitario y antidemocrático. Sus banderas abandonadas fueron recogidas inmediatamente y están siendo utilizadas con éxito por el marxismo.

Los partidos comunistas están encauzando a su favor la creciente corriente de reivindicaciones nacionales, al compás del momento histórico y están dando forma al mismo tiempo en beneficio propio a la casi unánime voluntad de reestructurar las internas realidades. Con sagacidad han intervenido en el duelo internacional de poderes, ocultando el primordial objetivo imperialista del comunismo y tratando al propio tiempo de impresionar a los pueblos:

---

(1) La obra clásica de ARTHUR P. WHITAKER: *Las Américas y un mundo en crisis*, se ocupa de este capítulo de las relaciones interamericanas. Desde una posición unilateral el autor justifica y simplifica la cuestión atribuyendo a los movimientos nacionalistas un carácter «pro nazi».

con la perfección técnica rusa. Son claro reflejo de esta estrategia las palabras pronunciadas por el «Che» Guevara en el Primer Congreso de Juventudes Iberoamericanas reunido en La Habana en agosto del pasado año: «Si la revolución cubana es marxista, y nótese bien que digo marxista y no comunista, será porque descubrió con sus propios métodos los caminos señalados por Marx»; luego, la referencia a la fuerza exterior: «Cuba es una isla gloriosa en medio del Caribe defendida por los proyectiles de la potencia militar más fuerte de la Historia.» Cuba, por propios pecados y ajenos errores, en el cruce del juego de las dos coordenadas, estrategia internacional y política revolucionaria, ha caído —primer país en América— en la órbita del imperialismo comunista. El hecho, inconcebible en sí mismo, tiene valor de advertencia; pero, sobre todo, de contagio.

Nada menos que esto se juega hoy Hispanoamérica. Su permanencia en las formas de vida cristianas y occidentales que España injertó con la posibilidad de realizar la profunda transformación que esos mismos principios y el momento exigen, o su adscripción al mundo materialista y marxista. Ahora bien, cualquier simplificación es peligrosa, y para juzgar con criterios válidos hay que matizar mucho los planteamientos. Si bien es cierto que la influencia soviética significa la marxistización de aquellas sociedades, no lo es menos que la gravitación norteamericana —con todas las salvedades de personas, instituciones y buenas voluntades— ha supuesto en la práctica el progresivo debilitamiento de sus reservas interiores y su indefensión espiritual; ha extendido una clase de materialismo, de signo diferente, pero también corrosivo de sus básicas creencias religiosas y de sus últimos supuestos sociales.

Iberoamérica, zona de tensiones, hoy —a pesar de su tradición— tierra de nadie en el duelo mundial, es la región más rica del globo. Sobre sus 21 millones de kilómetros cuadrados viven 180 millones de seres humanos que fueron sólo 63 en 1900 y serán en el año 2.000 más de 500 millones de habitantes y continuará siendo una región deshabitada. En frase tópica y exacta es la región del futuro. Crece a mayor ritmo que cualquier otra área, más aún que las más fecundas zonas asiáticas de Japón o Tailandia; estadísticamente su media supera en el doble la del resto del mundo. El crecimiento demográfico es sólo reflejo de su velocidad vital y de su evolución trepidante, difícil de aprehender. Precisamente la rápida variación de su acontecer, que deja atrás como inservibles realidades y posiciones recién estrenadas, es el primer distintivo del actual proceso de Iberoamérica.

El segundo rasgo es la comunicación y extensión de sus elementos característicos y problemas a dimensión supranacional. Hace muy pocos años, Hispanoamérica era un mosaico de naciones vueltas de espaldas entre sí, re-

lacionadas ocasionalmente por antagonismos y querellas vecinales; su unidad reclamada y proclamada por reducidos grupos hispanistas era proposición más que cuestionable. Hoy nadie la pone en duda. La disgregación en veinte soberanías se produjo a consecuencia del violento desplome del Imperio español. Rotas sus físicas ligaduras centralistas, daba la impresión de que nada en común, por encima o por debajo de la independencia política, les ligaba. La historiografía liberal de la época y la interpretación oficial de los países anglosajones, principales agentes de la quiebra, se encargaron de subrayar las diferencias y definieron la orgánica incapacidad del legado español para una tarea unitaria estable. La realidad era justamente inversa, el único principio unificador capaz de generar una recuperación comunitaria y de hacer pesar aquellos pueblos en el conjunto internacional se escondía en el patrimonio, principios, formas y vivencias de aquella herencia. Todo lo demás: población, razas, caracteres, clima, geografía, riquezas naturales, nivel de vida, antecedentes aborígenes, eran factores centrífugos disparando hacia afuera.

Para asegurar su dominio sobre el área del desmembrado Imperio español y alejarlo de influencias extranjeras, para prevenir sus posibles reacciones interiores, los políticos norteamericanos de la época formularon la doctrina hemisférica fundada en la geografía continental. «América para los americanos» fué la enunciación quintaesenciada de la doctrina Monroe, punto de partida de la política panamericana. En la vertiente sur del Continente, por la experiencia de conjunto de situaciones y circunstancias, se entendió como «América para los norteamericanos». Fué una justificación doctrinal de una realidad política de expansión exterior. Lo fundamental, sin embargo, no era el continente, sino el contenido, y éste se desdoblaba en dos realidades: anglosajona una, al Norte; hispánica otra, al Sur, irreductibles y perfectamente diferenciadas. La diplomacia norteamericana interceptó los caminos que podían conducir a la condensación política de los dos conjuntos, pues a sus intereses —en aquella perspectiva hoy superada— convenía la perpetuación de la división al Sur de sus fronteras. La doctrina hemisférica continental cubría, bajo la apariencia de una unidad, la real convivencia sin posibilidad de perturbaciones externas del poderoso bloque de los Estados Unidos de Norteamérica con una suma de países fragmentados al mar.

Hoy aparece patente la personalidad de los dos conjuntos y la insuficiencia de la doctrina hemisférica para normar sus relaciones. La problemática del tiempo ha desbordado la intención con que aquélla se dictó. ¿Cómo explicar a la luz del criterio continental la profunda repercusión del fenómeno cubano Fidel Castro, por ejemplo, en la vida política de Chile, país sin ninguna similitud geográfica, racial o económica con la isla del Caribe, y la absoluta falta de sincronización de aquella revolución con los movimien-

tos sindicales canadienses, mucho más próximos geográficamente de Cuba y enclavados en el mismo Continente? La respuesta es clara. Porque debajo de gran parte del Continente americano, dándole raíces y unidad está enterrada la herencia de España. Sin su existencia operativa no es concebible la realidad supranacional de «Hispanoamérica», de «Iberoamérica», de esa región individualizada en el mundo y bautizada a veces con nombres caprichosos: «Indoamérica», «Latinoamérica», etc. «Algo tendrá el agua cuando la bendicen, algo tendrá Hispanoamérica cuando la reniegan —escribe Salvador de Madariaga en reciente ensayo—; pero comencemos por afirmar que o no hay unidad hispanoamericana o, si la hay, radica en lo hispano. Esta afirmación es una perogrullada. Los indios no tienen nada de común: ni lengua, ni tradición, ni tipo físico, ni costumbres, ni folklore, ni absolutamente nada. Los negros, tampoco. Si de Argentina a Méjico y de Chile a Guatemala existe, esta unidad es hispánica. Si no se admite lo hispánico, no hay unidad» (2).

La tendencia unitaria del conjunto de países hispánico se nutre con corrientes comunes y subterráneas que atraviesan el Continente desde Méjico a la Tierra de Fuego y del Caribe al Perú. Lo entrelazan vigorosamente vínculos profundos que dejan intactas las fronteras territoriales y no hacen referencia a las soberanías nacionales. Estas, si en su origen pudieron adolecer de artificialidad, están ya consolidadas y no sufren oposición, pues se mueven en distinto nivel del proceso unitario. Existe una clara, aunque todavía no definida conceptualmente conciencia de Hispanoamérica, con propia y urgente problemática, nítidamente precisada del resto del mundo, circunscrita a los pueblos de origen ibérico del sur de Río Grande mexicano, nutrida de análogos afanes, expresada con similar modo emocional y fraguada en un mismo elemento fundente espiritual y humano. El paso y la urgencia del tiempo la perfila con urgencias dramáticas. No existe duda acerca de la existencia de una comunidad iberoamericana, reconocida en la base de los tres grandes proyectos políticos que intenta conformarla: el de carácter marxista, en su doble vertiente comunista y troskista, el de significación democrática desde el legalismo liberal al extremo socialista y el de filiación más o menos hispánica. El interrogante se plantea sobre su sentido definitivo y el cauce ideológico que adoptará. Acompasado a la rapidez del acontecer vital de Hispanoamérica y aprovechando la inmensa resonancia de esta plataforma unitaria, cuyos principales ingredientes son de carácter hispánico, se está desarrollando el colosal asalto revolucionario marxista. Lo facilitan las condiciones objetivas de existencia de la mayor parte de su población.

---

(2) SALVADOR MADARIAGA: *Presente y porvenir de Hispanoamérica*. Buenos Aires, 1959; pág. 35.

Porque Hispanoamérica no es sólo alma y raíz histórica, exotismo de ambiente, tradición cristiana y riquezas materiales. Es un organismo en crisis, lacerado de atraso y miseria, de injusticia e ignorancia. «Somos todavía —dice un diplomático peruano— la región de las paradojas: países ricos con población pobre. Nuestros capitalistas no tienen capitales porque los suyos, en escala mundial, resultan migajas. Hay obreros sin máquinas usando herramienta primitivas y máquinas sin obreros con experiencias técnicas. En las aglomeraciones urbanas sobran los hombres sin tierras y en los sitios vírgenes sobran las tierras sin hombres. La etapa monopolística ha sido la última en Occidente y la primera en la América Latina, según Haya de la Torre. Tierras donde conviven el señorito que juega al golf en su club restringido y los indios que usan flechas en la Amazonía. Todo este Continente liquidando sus paradojas poseído de frenesí de progreso despierta a la realidad unificadora» (3). La lucha por romper el cinturón de elementos que la atenazan se expresa —es característica también peculiar— en movimientos convulsos y violentos. Estos factores han permanecido encubiertos sin resolver y ni siquiera plantear y emergen por su propio peso a la superficie. Son el combustible del motor que conduce de sacudida en sacudida, a ritmo creciente e imparable, y a escala continental, hacia metas radicales.

Los desniveles sociales adquieren proporciones inimaginables para las medidas europeas. Corresponde a Hispanoamérica una renta anual media *per capita* de 208 dólares, en contraposición al índice de 2.100 dólares que disfruta el ciudadano de los Estados Unidos. Hay un desequilibrio y un resentimiento antiyanqui. Pero dentro del conjunto iberoamericano las desigualdades se agravan con contrastes aún más agudos y generan un espíritu de revancha revolucionaria. Favorecen a la vez que son estimulados por la ideología marxista. Las estructuras sociales son fundamentalmente agrarias y su reforma es el problema capital urgente. En Brasil el 2 por 100 de la población es propietaria del 50 por 100 de la tierra utilizable, y tiene en explotación sólo el 5 por 100 de aquel área. En Chile el 2 por 100 posee el 52 por 100 del territorio. En Venezuela el 2 por 100 de la población es propietaria del 75 por 100 de la tierra disponible y sobre una población total de seis millones quinientos mil habitantes, dos millones quedan fuera de la economía monetaria, trescientas cincuenta mil familias campesinas carecen de propiedad y trabajo y más del 50 por 100 del censo es analfabeto. Ello en un país que estadísticamente tiene la renta *per capita* más elevada de Hispanoamérica, 800 dólares al año, y donde la producción de petróleo ha supuesto

---

(3) MANUEL SEOANE CORRALES. Discurso pronunciado en Rotterdam el 14 de octubre de 1959 sobre «Integración económica de Hispanoamérica».



un ingreso al Gobierno de dos millones cuatrocientos mil dólares al día. Las anteriores cifras tienen sólo el valor de puntos de referencia para dar una idea del problema de conjunto.

Salvo raras excepciones, las masas campesinas trabajan la tierra sin siquiera lo indispensable para cubrir las elementales necesidades. Los adelantos modernos no han llegado y las ventajas sociales, donde existen, son más bien teóricas. Existe un latifundio en gran escala cuya extensión, tratamiento y soluciones varía según las distintas áreas regionales. La solución del problema se complica y retrasa con el interesado planteamiento de los demagogos: por un lado, empeñados por encima de todo en la agitación política, y por otro con el aferramiento de los terratenientes en inmovilizar la actual situación. Faltan en el campo de América medios de comunicación, instrumentos de trabajo, condiciones higiénicas, instalaciones sanitarias y establecimientos docentes. En las zonas de tradición aborígen perviven, herméticos, enclaves indígenas a veces muy numerosos, con formas de vida de economía cerrada sin comunicación con la sociedad circundante; en los casos más favorables esos grupos —millones de seres en los países andinos— desarrollan incipientes artesanías o prestan mano de obra barata o quehaceres elementales. El proceso de integración racial y mestizaje iniciado por los españoles en el siglo XVI no traspasó el dintel de la independencia y permanece estático. Sólo quien haya recorrido las plantaciones tropicales, serpenteado las cordilleras andinas o contemplado las superficies inmóviles de los lagos del Altiplano, podrá hacerse una idea de la grandeza natural, del abandono y del desamparo humano del campo de Iberoamérica.

En las ciudades de Hispanoamérica, sin mezclarse racial ni socialmente, viven y todavía dominan las minorías tradicionalmente rectoras de la política, la economía y el pensamiento, a punto de ser desbordadas por las masas. Durante décadas han paseado por Europa y Norteamérica una imagen deformada de la realidad de sus países y en ellos han vivido sobre estructuras e instituciones sin arraigo popular, de cara al exterior. Mientras tanto, la tierra en Iberoamérica permanece inculta en su mayor parte para los bienes de producción y está perfectamente abonada para todas las subversiones, en espera de una transformación profunda, pieza clave de la regeneración del organismo social entero. La reforma agraria es el primer y fundamental escalón que condiciona la posibilidad de un sincero reajuste en la estructura socioeconómica de estos países. Tendrá que afrontarse con urgencia y decisión, pero también con objetividad en el planeamiento y con capacidad técnica para llevarla a la práctica, pues de lo contrario producirá nuevas convulsiones revolucionarias y el empeoramiento de las mismas condiciones humanas. Méjico dió el primer paso en 1910 y le han seguido muy recientemente Bolivia y

Guatemala, con resultados más que discutibles por exceso de imprevisión, falta de madurez en los procedimientos y, sobre todo, por haber colocado en primer lugar la preocupación política y demagógica sobre el real interés en mejorar la tierra y en elevar la producción.

El radical ejemplo de la ley de Reforma agraria de Cuba promulgada el año 1959 y la subsiguiente ocupación de tierras sin formalidad ninguna de tipo legal ha actuado de revulsivo en la conciencia de las masas campesinas del Continente y ha puesto el problema al rojo vivo. La totalidad de los Gobiernos de Iberoamérica, presionados desde abajo, se han visto obligados a tomar una u otra actitud al respecto y la reforma agraria en gradación de matizaciones y enfoques se propugna desde las más variadas posiciones: en los planos del Gobierno izquierdista venezolano de Betancourt, en las pastorales constantes y cada vez más enérgicas de la jerarquía católica de los distintos países o en el programa de ayuda norteamericana «Alianza para el progreso» ofrecido por el Presidente Kennedy. Los movimientos de inspiración marxista mantienen una política extremista en este aspecto cuando han alcanzado el poder y en la oposición tratan de bloquear cualquier solución viable para capitalizar a su favor la difícil situación del campesino.

La situación económica no es más brillante que el cuadro social. El fundamento de la triste situación humana descansa en la deficiente estructura económica. Mientras Norteamérica produce al año 350 millones de dólares, Hispanoamérica entera produce sólo 50. Causa primera de la debilidad es la fragmentación nacional. Los Estados desunidos del Sur, con la mayor riqueza potencial del mundo, carecen de capital, de técnica y de mano de obra cualificada para ponerla en acto. Fraccionados en veinte mercados, separados por artificiales barreras arancelarias, con poblaciones de escaso poder adquisitivo y pasados sueños de autarquía, no han sido capaces de crear una gran industria y de superar la fase de elementales productores de materias primas.

El planteamiento de carácter comunitario en Hispanoamérica se acusa, sin embargo, hoy en el terreno económico, con más eficacia que en cualquier otro. Las iniciativas dispersas se planificaron hacia el año 1950 con el nacimiento de la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina) y la creación en su VI Reunión en 1956 de dos Comités de expertos, uno dedicado al estudio de los problemas bancarios y otro al del posible Mercado Común. Fruto del primero fué la aplicación en 1958 del sistema multilateral de pagos por cinco países que totalizan el 85 por 100 del comercio bilateral. En el segundo empeño, cinco países centroamericanos: Honduras, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Costa Rica firmaron en 1958 un tratado multilateral de libre comercio y en julio de 1960 establecieron un plan para la creación de un fondo de desarrollo y asistencia. En el Sur, en Montevideo, el año

1960 se constituyó la zona libre de los siete, integrada por Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay, Perú y Méjico, modelada sobre la base y ante la presión indirecta de la Asociación de Libre Comercio Europeo. Actualmente, los países de Iberoamérica comercian muy poco unos con otros. En los pasados cuatro años el comercio de los veinte países entre sí ha oscilado entre el 5 y el 10 por 100. Europa compra el 30 por 100 de sus exportaciones totales y temen que el Mercado Común europeo dé preferencia a los bienes de los países africanos.

Se están dando pasos efectivos por los Gobiernos para empujar en común la industrialización de sus países y romper el círculo vicioso en que están encerrados. Los siete países que constituyen la Asociación Latino Americana de Libre Comercio acordaron en febrero de 1960 la eliminación de todas las tarifas entre sus miembros en el plazo de doce años al índice mínimo anual del 8 por 100. En septiembre de 1961 establecieron una primera rebaja arancelaria a un promedio del 27 por 100 de reducción. El próximo agosto de 1962 los cortes serán aún más enérgicos. Ecuador y Colombia han solicitado ingresar y en agosto la Asociación Latino Americana de Libre Comercio incluirá el 86 por 100 del territorio latinoamericano, el 81 por 100 de su población, más del 70 por 100 de su producción y el 60 por 100 de su total comercio. Desgraciadamente los factores negativos influyen más decisivamente que los esfuerzos de recuperación y dejan sentir su impronta en perturbaciones de carácter político y social.

La ayuda financiera internacional concedida a Hispanoamérica después de la segunda guerra mundial ha sido prácticamente nula. Los Estados Unidos se volcaron en ayuda de las zonas más castigadas por la conflagración, a su juicio más vulnerables a la expansión comunista y olvidaron con desconocimiento de la interna situación, el desarrollo de sus vecinos. Durante el período de la postguerra concedieron 31.500 millones de dólares, de los que fueron a parar a Hispanoamérica solamente 625 millones de dólares, es decir, menos del 2 por 100. La gravedad de la situación política obligó a la Administración Eisenhower en el último año de su mandato a ofrecer en Bogotá 500 millones de dólares con la finalidad de cubrir las necesidades más perentorias y producir un inmediato impacto en las masas. Se denominó «ayuda Fidel Castro», pues el peligro del contagio de su revolución fué el motivo determinante de la oferta. Un año más tarde Adlay Stevenson comprobó personalmente el empeoramiento de la situación general, y la Administración demócrata Kennedy en la reunión de agosto de 1961 en Punta del Este propuso a los Gobiernos de Hispanoamérica el desarrollo de un gigantesco plan de inversiones por un monto de 20.000 millones de dólares para financiar su integral desarrollo y elevar progresivamente el nivel de vida. Es el primer plan concebido

con ambición y proporción de recursos a la gravedad de la situación y está llamado a ejercer una honda repercusión en el Continente.

Pero hay que tener en cuenta que las concesiones de crédito por sí solas no solucionarán la situación. El año 1959 el Export Import Bank, de Washington, recogió de Hispanoamérica en concepto de devolución de intereses más dinero que el que entregó en nuevas concesiones. Las inversiones norteamericanas en el área, durante el período anterior, quedaron enteramente en manos de las compañías privadas —a 9.000 millones de dólares ascienden sus inversiones, cifra superior a la de cualquier otra región, excepto Canadá— atentas lógicamente a multiplicar sus beneficios más que a vigorizar y mejorar la economía de los países. En muchos casos han contribuido a aumentar los desniveles y enfermedades estructurales. Conflictos de toda índole han surgido entre las compañías inversoras y los Gobiernos de Iberoamérica defendiendo unos y otros intereses y puntos de vista contrarios. El Gobierno de los Estados Unidos ha sido hasta el presente el soporte más fuerte de los *trust* inversores en constante conflicto con la política de los grupos nacionalistas y las pretensiones de tipo social de los sindicatos.

Hispanoamérica, como resultado de esos factores se ha inmovilizado en fuente pura y simple de materias primas con destino al consumo y aprovechamiento de las potencias industriales. Ha quedado sujeta a la servidumbre del monocultivo y del monoprodueto. El café representa el 61 por 100 de las exportaciones del Brasil y el 75 por 100 de las de Colombia, el estaño el 63 por 100 de las de Bolivia, el cobre el 67 por 100 de las exportaciones chilenas. Venezuela depende enteramente del petróleo, Centroamérica de las bananas explotadas por empresas norteamericanas, Cuba del azúcar. De las veinte naciones, catorce dependen de un solo producto, que significa por lo menos el 50 por 100 del ingreso de sus exportaciones. Las fluctuaciones en los precios del mercado no las señalan los países productores sino los *trust* internacionales, y a sus precios se encadena irremisiblemente el desahogo o la ruina del país entero. Viven así en inestabilidad económica permanente, sin posibilidad de solución o mejoría, atados ciegamente a las fluctuaciones de los mercados internacionales. La reciente caída del precio del café costó a Colombia 25 millones de dólares, más que su presupuesto anual de educación. El corte de la cuota de estaño en 1958 supuso a Bolivia la pérdida de 20 millones de dólares. El problema se agrava con las barreras proteccionistas de los países europeos para favorecer su agricultura y minas. Mientras entre 1947 a 1960 el Medio Oriente incrementó el valor de sus exportaciones en un 70 por 100; Asia, en 109 por 100; Europa Occidental, en 184 por 100; Hispanoamérica creció sólo un 27 por 100, es decir, relativamente se empequeñeció. El desequilibrio en contra de Iberoamérica entre los precios de las ma-

terias primas que exporta y los de los productos manufacturados que adquiere se agudiza de año en año. Aunque produce y exporta ahora más que antes, sus ingresos por el renglón del comercio exterior están bajando. El valor de sus ventas, café, productos agrícolas, petróleo y minerales, desciende, al paso que lo que adquiere, maquinaria industrial, tractores, etc., sube constantemente. Según el Chase Manhattan Bank el valor de las exportaciones de los Estados Unidos a Sudamérica en 1957 aumentó en un 20 por 100, y el de Sudamérica a Estados Unidos se elevó en un 5 por 100. Es una carrera perdida de antemano. Por otra parte, las depresiones o fluctuaciones económicas de los Estados Unidos, con disminución de sus compras en cantidad o precio, afecta por el mismo encadenamiento a los países meridionales. Las crisis de los años 30 y la recesión del 58 fueron buena prueba de ello. «Cuando el "tío Sam" se enfría, dicen en Hispanoamérica, nosotros cogemos la gripe; cuando ellos tienen la gripe, nuestro contagio es pulmonía.»

El problema se agrava y la curva se quiebra hacia el abismo al relacionar el anterior descenso económico con el vertiginoso crecimiento demográfico. La población aumenta a un índice de 2,6 por 100 anual, lo que empuja la renta *per capita* hacia abajo, desde un incremento del 4,1 por 100 en 1957 a un escaso 3 por 100 en 1959; la producción por habitante descendió del 1,3 por 100 en 1959 al 0,3 por 100 en 1960, y la caída continua. «Teniendo en cuenta que el debilitamiento de la economía se está acentuando mientras el incremento de la población se va aproximando a una tasa históricamente extraordinaria, única, de casi 3 por 100, no será posible conjurar —si no adoptan rigurosas medidas— por una política previsora, las tensiones sociales crecientes que esta situación va provocando en América latina y que son perceptibles en todas partes y en algunos sectores en formas muy manifiestas y acaso violentas» (4). Los dirigentes y gobernantes iberoamericanos quieren romper el círculo vicioso y luchan desesperadamente por racionalizar sus recursos y elevar el nivel de vida. Factores no puramente económicos se entrecruzan y el ejemplo del salto económico industrial ruso en dos generaciones y el más reciente esfuerzo de China, con puntos de partida análogos a las condiciones actuales de Hispanoamérica, ejercen una fuerte impresión.

Con ser tan graves los factores sociales y económicos por sí solos, no explican satisfactoriamente ni siquiera principalmente la coyuntura iberoamericana. Sobre ello no cabe engaños. Cuenta decisivamente, mucho más de lo que a primera vista parece en la presente crisis, el factor político derivado de la contextura especial del hombre y de la sociedad hispanoamericana, asen-

---

(4) RAÚL PRESBISCH: «Producir y vivir depende de Latinoamérica», *Revista Combate*. San José de Costa Rica, enero-febrero 1961; pág. 23.

tada en antecedentes históricos y étnicos y en circunstancias espirituales y ambientales propias. La enfermedad política está largamente incubada y sus orígenes se remontan a la trayectoria iniciada con la independencia y aún antes a los elementos condicionantes del período español. Hoy corroe y carcome el aparato entero del orden político.

Los libertadores al doblar el primer cuarto del siglo pasado sintieron la necesidad de ordenar su victoria y de encauzar en un orden institucional el impulso de las nuevas nacionalidades. Su intuición personal y la dura experiencia de gobierno les orientó, sobre todo en su madurez, hacia fórmulas originales donde cupiera la conjugación de la autoridad personal del jefe tan arraigada en el alma popular americana seguidora de caudillos, con la necesidad de un sistema garante de las libertades individuales. Sólo el engarce de un poder vigoroso con el anhelo de independencia individual podría hacer caminar a estos pueblos, sin enredarse en los remolinos de sus pasiones y sin provocar los excesos delirantes de sus cualidades. Bolívar, aterrado por la ola de revueltas y anarquía que abrió la independencia, preconizó la jefatura personal vitalicia, como suprema garantía, montada sobre el apoyo de una minoría dirigente. En su última etapa trató desesperadamente de salvar la autoridad pública del caos general, y de vigorizar los elementos aglutinantes de la raza, contra algunos de los cuales en su época más joven se había manifestado—el sentimiento religioso de las masas, las normas tradicionales de vida, la jerarquía del mando— asignándoles un destacado y preciso papel en la vida pública. San Martín, en Río de La Plata, buscó decididamente la solución monárquica y la reconciliación con España. Al sistema monárquico le ligaba no tanto su afición dinástica o la fidelidad al pasado cuanto la necesidad de consolidar el precio unitario para el futuro.

Esfuerzos en la misma dirección hicieron los grandes personajes de la independencia en las demás regiones. Quisieron instalar en las patrias recién creadas sistemas e instituciones americanas para hombres y realidades también americanas. Si triunfaron en el campo de batalla fracasaron en el empeño político de la paz e Hispanoamérica perdió definitivamente la paz y el orden. Al alborear la independencia se produjo así un inmenso vacío en la vida política; se quiso llenar artificialmente y el sistema implantado no consiguió remontar con el paso del tiempo su originaria debilidad. Desplomadas las instituciones centralizadoras de la monarquía española, liquidada la burocracia colonial y la minoría dirigente, desbordados los propios próceres de la Independencia, los políticos del momento libres de toda traba no tuvieron en cuenta al edificar el nuevo orden ni la realidad del suelo que pisaban ni la naturaleza de los pueblos a quienes iban a servir. Los personajes de las segundas filas independistas cuando escalaron los puestos vacíos dejados por los

emancipadores instauraron cartesianamente, sin intentar previos acoplamientos, un régimen liberal calcado de la experiencia constitucional anglosajona y del ejemplo francés. Explica tal paso el propio momento histórico de auge liberal, el idealismo extremado y el extremismo temperamental de los liberales hispanoamericanos y, por último, la presión de las potencias anglosajonas que de esta forma consagraban la división política en Iberoamérica. La reacción natural del cuerpo social vivo, atenazado en un molde político desajustado, se ha traducido en sacudidas violentas de signo contrario, en anarquía, desorden, ineficacia y crueldad. El caos en su doble forma de expresión revolucionaria o verbalista y de dictaduras de auténticos caudillos populares o de tiranos sin escrúpulos, han sido, y continúan siendo, el permanente discurrir político de Hispanoamérica, falta de terreno sólido donde asentarse, sin equilibrio de poderes y en quiebra con la tradición histórica y hasta con el período inmediato anterior. Hay un pecado de origen que explica y determina el posterior desenvolvimiento.

El sistema demoliberal ha sido planta artificial, sin arraigo en Hispanoamérica, al cabo de un siglo largo de pretendida vigencia. Los siguientes datos son aleccionadores. En el breve período desde la Independencia Argentina se ha dado cinco Constituciones, a su vez cuatro veces enmendadas. Chile, diez Constituciones. Colombia, diez Constituciones diecisiete veces enmendadas. Costa Rica, diez Constituciones diecinueve veces enmendadas. En Bolivia, por ejemplo, se ha promulgado la Constitución de 1826, de 1831, de 1834 de la Confederación Perú-Bolivariana (1836-1839), de 1839 (este año hubo dos Constituciones), de 1843, de 1851, de 1861 (modificada a su vez en 1868, 1871 y 1878) de 1880, de 1931, de 1937, de 1938, de 1945, de 1947. El Ecuador la de 1812, de 1821, de 1830, de 1835, de 1843, de 1845, de 1851, de 1852, de 1861, de 1869, de 1878, de 1884, de 1897 de 1906, de 1929, de 1945, de 1946... Venezuela de 1881 (período gran colombiano), de 1830, de 1857, de 1858, de 1864, de 1874, de 1881, de 1891, de 1893, de 1901, de 1904, de 1909, 1914 (dos textos), 1922, 1925, 1928, 1929, 1931, 1936, 1947, etc. (5). Se ha podido escribir con verdad: «Cuando se concedan medallas a los escritores valerosos de libros de texto deberá encabezar la lista el de los tratadistas políticos de Hispanoamérica. Todo aquel que emprenda el escribir un volumen sobre política y gobierno de Hispanoamérica deberá estudiar la posibilidad de un tipo de libro con encuadernación movable que tenga un mecanismo para colocar las frecuentes modificaciones» (6). Si tal es el balance de las Cons-

(5) Datos tomados del prólogo de MANUEL FRAGA a la obra *Las Constituciones en el Ecuador*. Madrid, 1951; págs. VIII, IX y X.

(6) Citado por FRAGA, op. cit., pág. XI.

tituciones por definición lo más permanente del orden político, el número de presidentes, crisis ministeriales, golpes de estado, pronunciamientos, revoluciones, guerras civiles, dictaduras, violencias, represiones y contrarrevoluciones es incalculable. En Venezuela, por ejemplo, país de enormes recursos materiales, desde su independencia, hace ciento cincuenta años, ningún Gobierno nacido de elecciones ha llegado a cumplir dos años. Sólo el Presidente Betancourt ha traspasado la frontera bianual al precio de sacrificar las garantías constitucionales de las que se constituye campeón en el período electoral para conseguir el triunfo.

La experiencia hispanoamericana demoliberal contemplada desapasionadamente resulta en su conjunto un fracaso del que no se salva ninguno de sus dos antagónicos integrantes, los partidos conservadores de orientación tradicional y los liberales de izquierdas. Salvo en áreas y países muy limitados no ha logrado una efectividad real, lo cual no supone una reserva hacia el futuro, como algunos pretenden, sino la prueba más palpable de su impotencia, sobre todo en tiempos como el presente de crisis y urgencias planteadas a vida o muerte. El juego político decimonónico de gobiernos liberales al servicio de pequeñas minorías se está rompiendo por la irrupción de las masas en las plataformas políticas. En el horizonte han surgido nuevos partidos políticos, con programas revolucionarios e inicial arrastre de pueblo, que aceptan el sistema vigente. También aparecieron recientemente formas de poder personalista con un contenido netamente social y corte moderno muy lejanas de las dictaduras decimonónicas.

Es muy arriesgada la conjetura sobre el porvenir político, pero el arrastre del pasado y los datos del presente ilustran que incluso aquellos movimientos, última esperanza del demoliberalismo americano, resultan incapaces para lograr la indispensable adhesión de las masas y desde luego ineficaces para resolver los ingentes problemas de gobierno que tienen ante sí. Existe un inmenso y peligroso vacío político. La coyuntura histórica vuelve a repetirse, y hoy, en 1962, como ocurrió en los años 1800 con los tradicionales partidos liberales, resulta que los movimientos demócratas de izquierda darían la solución válida si los supuestos sociales fueran otros, los problemas menos acuciantes y dispusieran del tiempo suficiente para educar en los hábitos democráticos a los pueblos de habla española. Con independencia de su hipotética virtualidad, la dolorosa experiencia ha generado el hecho presente e incontrovertible de la pérdida del respeto y de la fe del hispanoamericano, sobre todo joven, por tales fórmulas. Para varios sectores, desde luego los de mayor mordiente política significa un gigantesco fraude. La deserción cunde de día en día con caracteres alarmantes aún en las levas procedentes de los grupos más empeñadamente demócratas y en los movimientos más extremistas. «Si se



hiciera una encuesta entre los veteranos militantes de los pequeños partidos socialistas de América o de otras organizaciones políticas democráticas para saber cuantos hijos de esos fatigados luchadores políticos actúan en organizaciones antidemocráticas de tipo nacionalista o comunista, el resultado sería, sin duda, asombroso», registra con zozobra un apasionante estudio sobre la juventud hispanoamericana publicado en el número monográfico último sobre Hispanoamérica, de los *Cuadernos por la Libertad de la Cultura*, revista no sospechosa de parcialidad en la materia (7).

Las reglas del juego de los partidos políticos las han practicado en Hispanoamérica sólo una pequeña minoría, a veces con encomiable voluntad patriótica, pero alejada y extraña a la realidad popular. Partidos conservadores y liberales, grupos demagógicos socialistas y reaccionarios, gobiernos democráticos y dictatoriales en trágico contrapunto, con continuas exaltaciones verbales de la libertad y apelaciones al espíritu y a la Historia han olvidado al hombre real y verdadero, blanco, cobrizo, mulato o indio, de las costas, el altiplano o las serranías, han prescindido de sus problemas, de sus apremiantes necesidades y de su tradición entrañable. Han trazado esquemas políticos ideales y se han movido en complicados mecanismos gubernamentales con técnicas parlamentarias perfectas. Los pueblos permanecieron lejanos y ausentes a solas con su miseria, con su tristeza de siglos y de razas, sin jamás comprender el extraño juego. Hoy escuchan atentos la llamada penetrante, cercana del castrismo.

En Hispanoamérica, y fuera de ella, los demócratas y liberales piensan con la mejor buena voluntad y repiten todos los días, por todos los medios de publicidad a su alcance, que mejoradas las condiciones sociales de estos países, elevado el nivel de vida de los pueblos y corregidas las estrangulaciones económicas, el problema político se resolverá por sí sólo, o al menos se darán las condiciones óptimas para resolverlo. Es equivocación peligrosísima que acarreará consecuencias desastrosas. La tesis sería válida si se pudiera asegurar el lapso de tiempo necesario para tratar aquellos problemas desde las actuales bases de gobierno demoliberal. Pero las mismas bases de partida están en crisis, debilitadas y faltas de defensa. Hay un problema previo, condicionante de todos los demás, y es que Hispanoamérica, por la confluencia de todos los factores antes esbozados, esté viviendo una encrucijada revolucionaria fundamentalmente política. Y cuando la revolución asoma no se la puede decir que espere, ni ponerle plazos necesarios para resolver asuntos de carácter técnico. Sólo quien sea capaz de enfrentar tal revolución directamente, en su desnu-

---

(7) EDMUNDO E. EICHELBAUM: «Una nueva generación frustrada». *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, núm. 53, octubre 1961, París, pág. 22.

dez de urgencias y violencia, estará en condiciones de hacerse con el futuro de Iberoamérica y de desarrollar su propio programa de renovaciones radicales. No hay que engañarse, primero es el problema político y sólo desde él es posible encarar los demás factores económicos, sociales, educacionales y agrarios que gravísimamente aquejan aquellos pueblos. La estrategia del casticismo es en este punto certera y ajustada a la realidad. El planteamiento demoliberal, por el contrario, está adormecido con la esperanza de superar su intrínseca ineficacia política por medio de planteamientos sociales y económicos a largo plazo.

Hay abierto un vacío peligrosísimo y una crisis radical del repertorio de fórmulas hasta ahora más o menos conscientemente aceptado. Está en quiebra el completo sistema de instituciones, normas, creencias y estructuras. Como a principios del siglo XIX Iberoamérica se encuentra ante la encrucijada en busca de su propia solución. También como entonces se le adentra sugestivamente desde el exterior la fuerza y la ideología extraña que puede matar definitivamente su alma a cambio de vengar las injusticias que la laceran. En otro lugar he escrito que el problema de Hispanoamérica, aunque condicionado por su debilidad económica, es sobre todo una crisis política, de incalculable calado en la que están en naufragio las instituciones vigentes y las últimas y definitivas creencias del hombre, «el cimiento y trasfondo de las estructuras sociales e institucionales sobre las que normalmente se afirma seguro el azaroso vivir de los pueblos es en Iberoamérica terreno movedizo, sometido a crítica implacable cuando no campo de batalla u objetivo de destrucción. El simple reajuste de los mecanismos económicos, las inyecciones de capital o la justa estabilización de los precios de sus materias primas, la sana administración financiera y la elevación de los niveles de vida por sí solos no resolverán la situación. Hace falta restaurar la validez de unos cuantos principios esenciales, y sobre ellos, con libertad de espíritu, capacidad de invención y audacia, levantar nuevas fórmulas políticas ajustadas a las necesidades de cada país y a la gravedad de la hora.» Esa es la más urgente tarea y sólo ella determinará el rumbo definitivo del nuevo ciclo histórico que se abre.

JOSÉ MARÍA ALVAREZ ROMERO

## R É S U M É

*L'Amérique Latine est entrée dans une époque de crise. Elle est entraînée de terminer le cycle qu'elle commença il y a un siècle et demi avec l'Indépendance. Les tensions internes se sont aggravées et ont trouvé l'occasion propice*

de se manifester avec la nouvelle situation internationale. Un nouveau facteur intervient d'une façon particulière: jusqu'à maintenant ces pays pour faire face à leurs problèmes devaient compter avec la gravitation colossale des Etats-Unis. Maintenant, même sans le vouloir c'est celle de la Russie, ou plutôt celle du bloc sino-soviétique, promoteur d'une révolution que l'on prétend appliquer aux problèmes internes de l'Amérique Latine.

En Amérique Latine il y a un important courant de méfiance envers les Etats-Unis, causé par un ensemble de facteurs historiques et de tempérament. Mais cette prise de position aveugle face aux USA est entrain d'ouvrir les portes à la pénétration intérieure marxiste et le bloc soviétique en profite. La menace augmente avec la disparition de la scène politique des mouvements nationalistes de filiation hispanique et d'idéologie antimarxiste, disparus pendant la seconde guerre mondiale. Libres d'obstacles les partis communistes sont entrain de s'attirer le sentiment croissant d'affirmation nationaliste de ces pays et d'un autre côté ils essayent d'utiliser pour leur propre bénéfice leurs justes aspirations de réforme des structures sociales et économiques. Actuellement il existe une reconnaissance unanime de la réalité d'une communauté hispano-américaine au-dessus de chacun de ces pays. Cette communauté est basée sur l'oeuvre laissée par l'Espagne, mais sa plateforme de résonance est aussi utilisée par le marxisme pour son dangereux assaut continental.

Cette menace est explicable tout d'abord à cause des conditions sociales en Amérique Latine, des différences de classes, du retard des masses paysannes, du manque de moyens pour l'exploitation rationnelle de la campagne, des réserves fermées des indigènes, etc..., qui demandent une transformation urgente. Le point clé et le premier est la réforme agraire. Le second facteur de danger est constitué par la situation économique, car les pays de l'Amérique Latine, à cause de leur industrialisation insuffisante et du manque d'aide financière, se sont immobilisés comme sources de matières premières pour la consommation et le profit des puissances industrielles. Le déséquilibre de leur capacité économique s'est aggravé avec l'augmentation démographique vertigineuse, un 3 par 100, le taux le plus haut du monde.

Mais tous ces facteurs malgré leur gravité, n'expliquent pas la situation actuelle en Amérique Latine. La crise est fondamentalement politique, la faillite du système démo-libéral. Avec l'Indépendance on appliqua un système politique en forme abstraite sans aucune relation avec la réalité et les nécessités des nouvelles nations. Et la perspective historique actuelle est généralement une faillite, sauf dans certaines zones très limitées. Il est dangereux et faux de penser qu' une fois résolus les problèmes sociaux et économiques, le panorama politique de la démocratie américaine s'éclaircira. La thèse serait valable si on pouvait assurer le laps de temps nécessaire pour corriger ces problèmes.

Mais l'Amérique Latine est entraîné de vivre une érise révolutionnaire fondamentalement politique et lorsque la révolution arrive on ne peut pas lui demander un délai pour résoudre des affaires de caractère technique. D'abord il faut résoudre les problèmes politiques et seulement sur cette base solide il est possible d'envisager les autres facteurs qui affligent très gravement ces pays. La stratégie du castrisme est sur ce point adroite et ajustée à la réalité. L'exposé démo-libéral au contraire a l'espoir de surmonter son inéficacité politique intrinsèque avec des plans techniques à long délai. La tâche la plus urgente est de restaurer la validité de plusieurs principes essentiels et sur ceux-ci construire des nouvelles formules politiques ajustées aux nécessités de chaque pays et à la gravité du moment. Le futur du cycle historique à venir dépend de son succès.

#### S U M M A R Y

Ibero-America has entered an age of crisis. The cycle that was started with the Independence one and a half centuries ago is closing. Internal tensions have built up and have found the present international situation the right moment to come into the limelight. A new factor is particularly apparent: up until now these countries on being faced with their problems had to accept the colossal gravitation of the United States. Now however, pressure comes from Russia, or rather the Soviet-China block, which intends to apply a revolution to the internal problems of Spanish-America.

There exists in South America a strong current of bad feeling towards the United States, which can be explained by a series of temperamental historic factors. But this blind stand that is taken against the United States is opening the doors to Marxist penetration and is being used by the Soviet block. The threat becomes stronger when the nationalist movements of Hispanic filiation and anti-Marxist ideology disappeared utterly destroyed during the second world war. Free of obstacles the Communist Parties are gaining in their favour on the one hand the frowning feeling of nationalist affirmation of these countries and on the other hand are trying to use for their own benefit their just aspirations for reform of the social and economic structures. There is today a unanimous recognition of the reality of a Spanish-American community over and above each one of the countries. This community is founded on the work of Spain, but its resounding platform is also being used by Marxism for its dangerous continental assault.

The social conditions in Ibero-America explain this threat very well, as well as the difference of classes, under-development of the agricultural masses, lack of resources for a rational exploitation of the land, enclosed indian encla-

ves, etc., which all demand urgent transformation. The first and key point is the agricultural reform. The economic situation provides the second danger factor, as the South American countries, because of a lack of industrialization and financial aid, have been immobilized in providing raw materials for their own use and consumption in industry. The unbalanced situation of their economic capacity is increased with the steep demagogic growth, 3 for 100, the highest rate in the world.

But inspite of being very serious, these factors do not explain the present-day South-American situation. The crisis is fundamentally political involving the breaking up of the demoliberal system. By granting independence a political system was applied in an abstract way which bore no relation to reality and the necessities of the new nations. And to the present-day historical perspective it results in a failure, except in very limited zones. It is wrong and dangerous to think that once the socio-economic problems are solved the whole political panorama of American democratism will be changed. The thesis would be valid if one could assure the lapse of time necessary to correct all those problems. But South-America is today living through a revolutionary crisis that is mainly political and when the revolution arrives it cannot be given a certain time limit in order to resolve matters of a technical nature. First the political problems must be solved and only then and parting from this base is it possible to face the other factors which seriously afflict those nations. The castrism strategy is right on this point and is adjusted to reality. The demoliberal stand, on the contrary, hopes to overcome this inefficient intrinsic policy by means of long term technical planning. The most urgent task of all is to restore the validity of some essential principles and upon these to raise new political formulas that are adjusted to the needs of every country and to the present-day serious situation. The future of the approaching historic cycle depends on the success of this endeavour.

